

cuenta de que todos los pedacitos de esa madrugada hablaban verdades y que uno solo no podía escuchar todos los rincones, así que se dividieron el trabajo de escuchar a la madrugada y así pudieron aprender todo lo que el mundo de entonces, que no era mundo todavía, tenía que enseñarles.

Y así vieron los más primeros dioses que el uno es necesario, que es necesario para aprender y para trabajar y para vivir y para amar. Pero vieron también que el uno no es suficiente. Vieron que se necesitan los todos y sólo los todos son suficientes para echar a andar al mundo. Y así fue como se hicieron buenos sabedores los primeros dioses, los más grandes, los que nacieron el mundo. Se supieron hablar y escuchar los dioses estos. Y sabedores eran. No porque supieran muchas cosas o porque supieran mucho de una cosa, sino porque se entendieron que el uno y los todos son necesarios y suficientes.”

Carlos FERNÁNDEZ LIRIA

Con la carne de las palabras

GABILONDO, Ángel: *Trazos del eros*, Madrid, Tecnos, 1997. 461 pp

Dicen quienes han estado cerca del proceso de gestación de este libro que, en los últimos momentos, un genio maligno de la imprenta borró de la primera página lo que debía haber sido la dedicatoria: *A aquellos con quienes...* Si es así, no son sólo esos anónimos “aquellos” quienes pierden con esta omisión, sino, seguramente, el lector, que se queda sin un guiño clave para la lectura de este libro. “Con quienes”, porque *Trazos del eros* es un libro de “lecturas con” –“se es más lector *con* Heidegger que lector *de* él”, se dice al comienzo del estudio sobre el autor de *Ser y tiempo*-. Y “leer con” significa “escribir con”, “hablar con”, “escuchar con”. Desde luego, con Heidegger, Platón o Hegel, pero también con aquellos con quienes se han leído a éstos, y con quienes vayan a leer todas estas lecturas. Los lectores de *Trazos del eros* deben saber que ellos también iban incluidos en la dedicatoria perdida, que a ellos les incumbía cumplirla. Pero vayamos más despacio.

Tiene sentido hablar filosóficamente del leer porque la lectura es una forma de vida, y la filosofía es una forma extrema de lectura. El *bíos theoretikós* de Aristóteles no es más que la práctica excelente de este principio. Pero el acto mismo de enunciarlo transforma su contenido. Pues la actitud de ponerse a leer filosóficamente, y a vivir lectoramente, supone una alteración de vida, lectura y filosofía. Una transformación de eso que se ha venido llamando sujeto y una rearticulación de todo el espacio público, del espacio en que se habla, lee y escribe con otros, en el que se hace comunidad. *Trazos del eros* es la puesta en obra de

esa alteración. Y esta obra se oficia *como* palabras. Pues éste es un *libro de palabras*. Todos lo son, o quieren serlo, pero en pocos se hacen las palabras tan físicas, densas, carnales e impenetrables como en éste. La propuesta es que el lector choque contra ellas, se sienta desbordado por su contacto insidioso, las mastique antes de ingerirlas, y empiece a leer de nuevo un texto que no tuvo comienzo —“cuando comenzamos a escribir, o no comenzamos o no escribimos”, la frase de Blanchot es uno de los motivos más repetidos del libro— y que lleva el prólogo al final, un prólogo titulado “Oficio de palabras”.

Palabras sobre el hablar, leer y escribir, donde el leer se hace un (dejar) hablar, el escribir un leer, y el hablar... un escuchar. No aparece este infinitivo en el subtítulo porque, obviamente, la escucha no “se dice”. Nadie dice “estoy escuchando” sin dejar de hacerlo. Pero la escucha dice, y por ello habla, lee y escribe. Este libro de palabras es un libro de escucha. *A quien* se escucha es algo explícito. A casi todos los grandes, que merodean con nombre propio por el cuerpo del texto, de Parménides y los clásicos latinos a Nietzsche y Heidegger; y Gadamer, Ricoeur o Foucault entre los contemporáneos. A quienes escuchan a los grandes, como muestra el minucioso e ingente aparato crítico que sostiene el decir al pie de cada página. *Lo que* se escucha en esa riqueza de interlocutores tiene también sus nombres confesados hoy día: hermenéutica, nueva retórica, teoría de la recepción. Pero lo que esos nombres mientan entre las palabras es un murmullo mucho más antiguo, y por ello, mucho más actual: el del reencuentro de verdad, bien y belleza, el de la búsqueda de la comunidad, del sí-mismo y de los otros. Y el murmullo del desco, del eros, que desde Sócrates mueve todo eso.

En total, veinte textos y un “prólogo al final” destinados a ser sólo escritura, despojados ya del contexto en que surgieron. Puede que fueran charlas, artículos o conferencias, pero el autor ha preferido evitar las explicaciones sobre el origen. Ahora se presentan como palabras sin más, que esperan ser re-escritas, o co-escritas, en la lectura. Están vertebradas en cinco partes distinguibles por su contenido temático. Una primera delimita provocativamente el campo de vectores del libro: “El final de la escritura”, “Del principio de la acción de leer”, “Hablar, dejar hablar, y dejar de hablar”. Desde él, se abordan en la segunda parte los problemas de las nuevas retóricas, del oír y de la persuasión; en la tercera, la experiencia de los límites del lenguaje que se da en la literatura clásica española; en la cuarta, una lectura del espacio hermenéutico, de la teoría de la música de Descartes, del final de la *Fenomenología del Espíritu* hegeliana, de Heidegger y de Foucault. En la última, los trazos del eros van recogiendo ya las apuestas más audaces del libro: una reivindicación para que la retórica deje de ser un recurso o un medio, y se convierta en un espacio de conversación donde el cuidado de sí, el cuidado de los otros y el cuidado del lenguaje, se articulen constituyendo nada menos que la Ciudad. Ello implica convocar antiguos motivos de la elocuencia, como el

decoro o la elegancia, reflexionar sobre una teoría de la lectura a la vez como construcción de la identidad personal y como ontología de la alteridad, y atravesar una concepción del lenguaje donde éste se define alternativamente como silencio, alusión, rumor o murmullo.

Las palabras de *Trazos del eros* dan lugar a un rumor, más que a un sistema de afirmaciones. Quizá por eso, en ellas reverberan las letras, se reivindica y se practica continuamente la literalidad, el pie de la letra, en lugar de un juego de demostraciones y refutaciones. La corporeidad física de las palabras exige, más bien, que el murmullo por el que brotan el lenguaje y el pensamiento se dé en la reverberación de las letras y la resonancia de los sentidos que ésta conlleva. Las palabras van siendo troceadas, intersecadas y segadas las subjetividades en una experiencia erótica de apropiación por la difuminación de sí mismo en la conversación, en la escritura, en la lectura. Sócrates, el Sócrates del *Banquete* y del *Fedón*, cuya presencia llena algunas de las páginas más hermosas de este libro, es la figura de referencia. En torno a su deseo de hablar y su enmudecimiento se va constituyendo la comunidad. Una comunidad mística, desde luego; pero la mística es un lenguaje de la carne, como hace ver el estudio sobre Juan de la Cruz. Una comunidad de la lectura.

La comunidad es menos un consuelo que una tarea. Una sola ilustración aparece en este libro que es también de imágenes. La invitación a la comunidad de los lectores se hace acompañar de “La lectura de la carta”, de Picasso. Pues toda lectura, más aún en filosofía, lo es en torno a una carta, al texto de una separación, de un corte, como toda conversación es una fuga conjunta detrás de algo común. Así se articula la *philia*, y discurre el sentido, mientras las palabras, la carne de las palabras, “nos convocan y entregan”.

Antonio GÓMEZ RAMOS

RODRÍGUEZ, Ramón: *La Transformación hermenéutica de la Fenomenología. Una interpretación de la obra temprana de Heidegger*. Tecnos, Madrid, 1997, 223 pp.

Desde que comenzó la publicación de la *Gesamtausgabe* se ha acentuado el interés de los estudiosos por la etapa de Heidegger que encuentra su consumación en *Ser y Tiempo*. Una obra que continúa ejerciendo su influencia en el pensamiento contemporáneo y que ha resultado decisiva para la configuración de la hermenéutica actual. *La transformación hermenéutica de la Fenomenología* es un logrado intento de comprensión y esclarecimiento de dicha transformación. Para responder al objetivo propuesto en el título del libro, R. Rodríguez estudia el pro-